

tío Lorenzo, mamacita. Salió Pepe al encuentro de los recién llegados, muy lleno de gozo abrazó á su hermano y á D. Juan, metiéndolo á la sala le presentó á Clarita diciendo : — Como Lorenzo es mi hermano y ésta mi esposa, hermana de aquél, déme el gusto de que todos le digamos padre, sírvase darle un abrazo á su hija y conocer á este bribonzuelo por su nieto. Saluda á tu padre grande, Enrique, le dijo Lorenzo. El niño por única constestación, aventó su otate y le abrazó las piernas á D. Juan queriendo en vano alzarlo por alto.

El rostro de Clarita se coloreó algún tanto, sus ojos brillaron de alegría, apareció en su boca la sonrisa, estuvo perpleja un instante, como tratando de hacer algún recuerdo, y después de restregarse los ojos y fijar varias veces su atención en D. Juan, se paró de repente como impulsada por un poder sobrenatural, dió con mucha dificultad dos ó tres pasitos y dijo :

— Si no fuera porque estoy plenamente convencida de la muerte de mi papá, juraría, señor D. Juan, que vd. era el mismo que me dió el ser; déjeme vd. contemplar su semejanza, coordinar mis ideas, y ya que la casualidad así lo ha hecho, permítame mantener esa ilusión que tanto me halaga, que me reanima, que... no sé cómo explicarme, siento cierto regocijo, complacencia, qué sé yo, y abrió los brazos prosiguiendo : Sí, vd. desde hoy será mi padre, ¿me querrá vd. dar ese consuelo? — Con mucho gusto, querida Clarita, hija mía, y correspondió á su ternura cordialmente. Se sentaron y continuó diciendo Clarita : — ¿Qué dices, Pepe, qué coincidencia, qué feliz casualidad? cuando lo miro me parece que cuanto ha pasado es un sueño, y á pesar de los años transcurridos, en un instante he recordado distintamente toda la fisonomía de mi papá; estoy tan preocupada, que hasta la voz me parece semejante; en fin, no traten de desimpresionarme, déjenme en mi arrobamiento, y ya no sigas en tus inventos de camilla, me siento muy aliviada, y á no ser por la hinchazón de las piernas, creo que acompañada de mi padre iría á pie; ya lo has visto, me paré sola y he andado algunos pasitos por ir á su encuentro y recibirlo en mis brazos. Mira, Pepe, no te engaño, ya se me salen los zapatos, los pies se me están descargando rápidamente; no hay duda, padre mío, á vd. le debo mi reme-

dio, su presencia sola ha bastado para mitigar mis padecimientos. Lorenzo, hermano mío, presta tu brazo, quiero salir de dudas, á ver si puedo ir siquiera allá fuera, mientras tú, Pepe, demuéstrole á nuestro padre tu agradecimiento, Enrique, cánsalo á besos. Y parándose, se apoyó en el brazo de Lorenzo y con no poca sorpresa de todos, y aun de ella misma, salió al corredorcito, tomó aliento y se siguió de frente para el huerto donde se sentó tantito.

Pepe tomándole á D. Juan una mano y acercándose la al pecho le dijo : — Me ha hecho vd. concebir una chispa de esperanza y sentir un gran consuelo en este corazón que sólo ha latido de pesar, de un intenso dolor, de la más profunda tristeza. Mientras Enrique besándolo le decía : — ¡ Qué bueno es vd., padre grande! — Vamos á verla, señor D. Juan, continuó diciendo Pepe, también á mí me parece un sueño lo que me pasa; ¡ gracias, Dios mío! ¡ gracias, Virgen santísima! ¡ otra ráfaga de tu providencia divina, Dios de bondad, y seré dichoso! Y limpiándose las lágrimas que vertía al hacer sus exclamaciones á las imágenes á quienes había dirigido sus palabras, se fueron para el huerto. — Aquí, papá Juan, siéntese á mi lado, dijo Clarita al verlos llegar. ¿Sabes, Pepe, que tengo hambre? — Niño, avísale á tu nana que traigan aquí el chocolate, ¡ qué tarde tan hermosa! córtenme flores, voy á hacerle á mi virgen sus ramilletes. Los dos hermanos obedecieron su mandato, y Enrique arrancó para la cocina. — ¡ Este es un milagro, papá Juan! exclamó Clarita, ya llevaba muchos meses de no venir por aquí y como mi mal ya no tiene remedio, cuando me miro paralizada, sin poder dar un paso se me carga la tristeza, nada me halaga, pierdo la apetencia y clavo el pico como los pollos, pensando cuándo será Dios servido de quitarme tanta pena; Pepe hace poderíos, y aunque trata de no darme á conocer su aflicción de verme en tal estado, yo penetro su corazón y sé muy bien lo que el pobre hombre sufre por mí, esto aumenta mis padecimientos, nos tiene vd. siempre tratándonos de engañar, él á que estoy cada día peor, y yo á sostenerle lo contrario; pero ocasiones aunque quiero hacerme fuerte, me abandonan mis fuerzas y el mal no da lugar al disimulo. Esta es en pocas palabras, nuestra amarga situación, papá Juan, bien

triste por cierto; ya vuelven muy ufanos, y al verlos alegres, me alegro también, olvido mis cuidados y soy otra mujer. Enrique venía con un canasto con pan, bizcochos y servilletas, seguido de la nana que en otro traía trastes y el jarro con el chocolate, sosteniendo una acalorada disputa, entró al huerto y señalando á su mamá dijo: — Mirala, nana, mi padre grande le trajo el remedio, yo no soy mentiroso. — Pero, niña, ¿cómo ha venido vd.? exclamó la nana sorprendida. — Ya lo ves, Susana, por mi propio pie. — ¡Ay, señor! prosiguió la nana dirigiéndose á D. Juan, Dios se lo pague á vd. por su remedio, y la Virgen Santísima lo favorezca, ¿qué es alguna hierba ó...? — Unos polvitos, nana, respondió Pepe que volvía con Lorenzo cargado de flores. — ¿Es qué, niña? dijo la nana. — No, Susana, te están engañando, y siguiendo la broma agregó: — Es un bálsamo. — ¡Ah! ya sé, los bálsamos tranquilos que son tan buenos para el pulmón. — Precisamente, replicó Lorenzo; pero no se llaman así, sino bálsamos de tranquilidad. — A vd. sí lo creo, D. Lorencito, pero el amo ya me la quería pegar. Tomaron chocolate todos contentísimos, hizo Clarita sus ramilletes, bromeó de muy buen humor, y después con sólo tomar e brazo de su papá Juan, dió una andadita más larga y regresó sin más accidente que algún cansancio. — ¿Qué te parece, dijo Pepe á Lorenzo, de tan repentina mudanza? ¿Será tal vez un alivio aparente, y nos pegará un susto cuando menos lo esperemos? — Hombre, no lo juzgo así, le contestó, esta clase de enfermedad, según he oído decir, como es del corazón se agrava ó alivia según los sentimientos que lo dominan, y por eso son temibles los excesos, las fuertes impresiones que lo sobresaltan; Clarita estaba muy afligida según escuché ahora lo que le estaba contando á mi padre, se veía impedida, se sentía grave, aumentaba su pena tu aflicción, en fin estaba dominada por la tristeza, la presencia de mi padre le trajo á la memoria un recuerdo grato, su corazón se alegró, cambió su pensamiento, en fin, también se alegró su espíritu, y así como insensiblemente pudo agravarla la melancolía, el placer y el gusto la han reanimado, y si no, recuerda que no halló cómo explicar su gozo ni el placer que sentía; demostrémonos alegres y satisfechos y nos imitará.

Vamos á distraerla, á complacerla, y á hacer cuanto dependa de nosotros para que se conserve en lo posible con sus venturosas ilusiones, mi padre nos ayudará y en el supuesto que él tiene el bálsamo, te lo cedo, lo obligaremos á que acabe su obra, que si ella sucumbe no nos quede ese remordimiento; te ofrecí otra vez cuanto tengo y cuanto valgo, sabes que tus penas son también mías, ensancha ese corazón marchitado, aprende á regenerarte como me dices del señor Garduño, y échate en los brazos de la Providencia, Dios es fuente de bondades, sus misterios son incomprensibles y todo lo paga, tú acabas de hacer un bien á esas familias, él desde luego te manifiesta la recompensa. Por única contestación se arrojó Pepe en los brazos de Lorenzo, derramó unas cuantas lágrimas de gratitud, y ambos muy contentos se dirigieron á echar un vistazo á sus caballos.

Muy gozosos todos pasaron la velada, y Clarita se sentía tan fuerte y aliviada que no permitió que la llevaran, sino montar sola en uno de los caballos de D. Juan, Enrique fué en su Jaquito, se agregó al avío otra mula con colchones, otro caballo de mano con los dos arrieros más, partió la caravana haciendo jornadas cortas, pero mucho mayores que las que tenía dispuestas Pepe, Clarita hizo punto menos con D. Juan que Camila con señor Garduño, lo trataba con mucho cariño y atenciones, no se despedaba de su lado, estaba pendiente de todo, se tomaba la libertad de una hija querendona y mimada, y no hallaba cómo complacer en todo á su papá Juan. Este naturalmente le correspondía, y no escaseaba su cariño, estando también muy endiosado con su hija y satisfecho de su obra, echando á un lado sus achaques, se alegraba de ver á todos contentos.

Por distintos caminos, para un solo punto también caminaban Alejo, Mariquita su esposa, tres chiquillas y sus criados, José Morales, Juan Navarro, Lupe su mujer, y otras dos criaturas y sus criados. Otra comitiva se componía de Atanasio, Camila, D. Juan el hacendado con sus tres hijas, una de las hermanas del cura, Vivianita, Chucha y Concha Garduño, que con su hermano habían ido por la novia y á convidar á los demás; Mariquita la hermana de Camila, tuvo que quedarse cuidando la casa, y su esposo Manuel substituyó de remontero para vigi-

lar á los hatajos mientras amos y arrieros concurrían á las bodas de Reniego.

En dos días quedaron reunidos en tres casas que parecían un pueblo cada una, más de ochenta huéspedes, el matrimonio se efectuó el día 13 prefijado, á las cuatro de la mañana, fueron los padrinos Lorenzo y Lola Garduño. El almuerzo estuvo tan concurrido que tuvieron que servirse tres mesas de á más de cincuenta personas, reinando el mayor orden y buena armonía, las puertas de la casa del señor Garduño estaban abiertas para todos los vecinos, pobres y ricos, á todos se les atendió, era aquello una verdadera fiesta, haciéndose notar y singularizándose Camila que sencillamente vestida, á todos obsequiaba y diligente se granjeaba mil simpatías de toda la concurrencia, Garduño desplegó su franqueza, todo estaba bueno y abundante, su marcialidad encantaba, su placer no tenía límites. Efectivamente era el mismo que D. Juan Cabello se suponía, se juntaron con el otro D. Juan, y recordando sus mocedades y aventuras tenían absortos á los que los escuchaban. A las doce discurrieron improvisar una plaza de toros, y mientras unos iban á traer á algunos bravos que tenía Garduño en su ganado, otros reunieron gente, providenciaron madera, reatas, herramientas, y á las tres habían concluido el redondel y un gran tablado provisional cubierto con petates y enramadas. A las cuatro estaba la plaza llena de concurrentes, las ventanas y azoteas coronadas de gente; tres toros escogidos que después de lidiados se iban á repartir á los barrios, bramaban furiosos en el coso, otros ocho de condición humilde se corneaban en un estrecho apartado, esperando que los hicieran rodar por el suelo á las coleadas, los aficionados llenos de entusiasmo recibían órdenes de Lorenzo, que como en Tochimilco era el capitán, Alejo su segunda espada, y varios vecinos y arrieros formaban la cuadrilla de á pie, los otros cuatro hermanos montados, con dos del pueblo, formaban la de á caballo, la música estaba con anterioridad ajustada para todo el día, y desde que los novios salieron de la Parroquia había comenzado su fatiga, el comandante militar facilitó escolta para guardar el orden, y las autoridades principales compuestas de amigos de Garduño, también contribuyeron en cuanto estuvo de su parte,

llevando la voz para el orden de la función el señor Prefecto. Como á todos los dominaba una sola idea y tenían sólo un empeño, complacer, y disfrutar, no se miraba un semblante triste, y sin etiqueta comprometida, ni nada que trastornara el regocijo, reinaba en todos los pechos una sincera alegría. Se abrieron las trancaas, tocó el clarín, y se presentaron en el circo los valientes gladiadores con halagüeños semblantes arrancando prolongados aplausos, á cual más sincero y satisfactorio, dejando á todos admirados la singular destreza de Lorenzo, la serenidad de Alejo, y el arrojo y atrevimiento de los demás; todos se cuidaban mutuamente, se auxiliaban haciendo lucir á sus compañeros, y sin tener la más leve desgracia desempeñaron perfectamente, terminando aquella diversión con la luz del día, allí mismo se hizo la citación á las familias para reunirse á bailar á las ocho de la noche. A los alcaldes auxiliares se les encomendó el reparto de los tres toros muertos, y parecía aquello pleito de perros, todos agrupados, no dejaban ni trabajar á los destazadores, hasta los cueros se repartieron á pedazos.

El baile duró hasta después de las doce, los vecinos principales de la villa, se empeñaron en prolongar la fiesta, disponiendo escotarse los gastos, y hacer al otro día que era sábado, pelea de gallos en la mañana, otra corrida en la tarde con distinto ganado, y en la noche una función de circo y maroma en la misma plaza para que todo el público disfrutara, aprovechando la casualidad de estar allí unos cirqueros que por una corta cantidad, desde luego admitieron. También por su parte los hermanos quisieron hacer algo por sí solos, y se arregló que el domingo se repitieran la pelea de gallos, la corrida de toros, comenzara más temprano amenizándola con jaripeo, figurones en burros, y un toro mocho para el soberano pueblo, de allí seguiría una sencilla merienda, ó propiamente refresco, y después una comedia que escogieron del repertorio de los cirqueros que llevaban lo necesario para su desempeño, y fueron profusamente gratificados, estando la puerta franca para todos los espectadores que no tuvieron más que mandar sus sillas los que las tenían, algunos sentarse en el suelo, y otros parados divertirse grandemente, en los dos días más de toros, tampoco hubo desórdenes ni contingencias, de manera que fué una

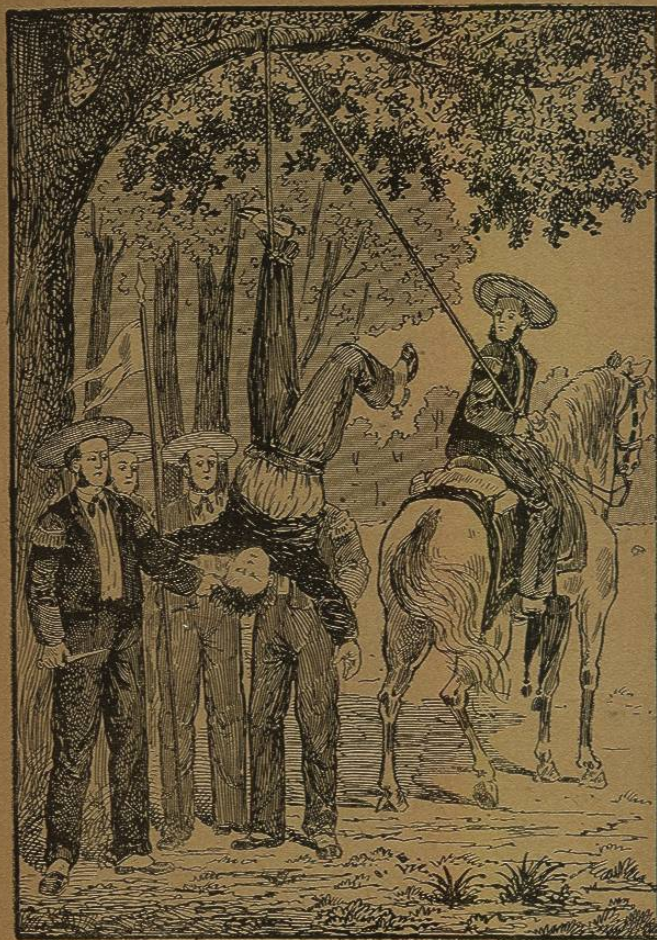
pascua muy divertida y amena en que disfrutaron todos con la mayor confianza y satisfacción. El lunes siguiente, cargó Garduño con todos sus huéspedes para su rancho, donde los esperaba un almuerzo campestre de excelente barbacoa, sabroso huacamole, incitantes enchiladas y demás bocaditos consiguientes, allí reunidos en familia tanto Garduño como D. Juan Cabello, se propusieron ratificar el solemne juramento de sus hijos, de ser ellos también *todos para uno, uno para todos*, constituyéndose los padres generales de aquella familia tan numerosa; fueron por supuesto recibidos con gusto general, hijos, hijas, y multitud de nietos de todas clases, los llenaron de bendiciones y á cual más les manifestaba su cariño acompañado de halagadoras palabras y multiplicadas caricias; al otro día comenzó á desvanecerse aquella nube de gente, D. Juan el hacendado partió para su casa con la comitiva que trajo, excepto Camila que ya quedó desde luego formando parte de la familia de Garduño, luego se retiró José Morales y Juan Navarro que formaban una sola romería, los siguió Alejo con los de su casa, y al último se retiró Lorenzo con su padre, Pepe, Clarita, y el traviesísimo de Enrique que era sumamente consentido de su padre grande, naturalmente los despedimientos fueron largos, llenos de protestas de amor, de ofrecimientos, y siendo todos de una propia condición, es decir, rancheros, simpatizaron, se quisieron sin repugnancia, se trataron con la intimidad y confianza que sus maridos, y eran verdaderamente *todos para uno, uno para todos*.

En el rancho de Pepe, siguió como se debía de esperar un compromiso, D. Juan no quería causar á Clarita disgusto por su separación, Pepe no podía obligarlo á estarse siempre con ella, Clarita comenzaba de nuevo á ser presa de su enfermedad; pero Lorenzo que todo lo penetraba le suplicó tanto á D. Juan, que por fin lo comprometió á formar una sola familia, y acompañado de Clarita, estaba unos días en tierra fría, y otros en tierra caliente siendo sus ausencias de muy corto tiempo, consiguiendo que Clarita estuviera aliviada por algunos meses. Mas como la celebración del matrimonio fué tan clásica y tan pública, acompañada de sucesivas distracciones, no quedó en la villa ni en sus contornos quien no lo supiera, y pasados algunos

días, por conducto de los dependientes de la hacienda de... llegó á noticia de la gran señora doña Pomposa, de feliz memoria, que hemos visto salir de la villa á todo el correr de cuatro mulas flacas, despechada por semejantes nuevas se mordía los labios de cólera, maldecía su suerte llena de ira, y lo que más aumentaba su rabia era la dificultad de vengarse, todos sus planes habían venido á tierra, sus vanidosas esperanzas de colocar á su rubia pálida se frustraron, y aquel golpe desconcertaba todos sus meditados proyectos; tanto le ponderaron las fiestas que no pudo menos que suponer que las exageraban con segunda intención sólo por burlarse de ella, y la malicia que sustentaba su infame corazón le hacía inferirse mil temores, creyendo que aquellas ponderaciones eran para provocar su cólera, para precipitarla á dar algún mal paso, con que el tal Julio Palma ó Pepe el Diablo satisficiera su encono; y como se creía vigilada en todas sus acciones y que le seguían los pasos, desconfiaba hasta de los mismos de su casa, y se aguantó fuerte disimulando su rencor, no atreviéndose nunca á meterse con el Diablo Pepe, temerosa de sentir, cuando menos lo esperara, la punta aguda y cortantes filos de la navaja maldita que vió suspensa sobre su doblegada cabeza. En fuerza de su entrometimiento, y no quitando el dedo del renglón, un año después, estaba muy ufana de tener graduado de yerno á un extranjero americano que estuvo de maquinista en una fábrica de hilados, quien sin más consideración derrochó los intereses, y fastidiado por doña Pomposa, reunió lo que pudo y se largó para su patria, el día menos pensado sin despedirse de nadie, y mucho menos de su cara suegra á quien le dejó á su rubia pálida con un chiquillo moreno, de ojos negros, que según le dijeron fué el fruto del primer matrimonio de Adelita, y un huero de ojos azules que era su vivo retrato, aumentando la palidez de aquella desgraciada muchacha la miseria que les rodeaba, pues inútil para trabajar, sólo se mantenían en un inmundo cuarto de un arrabal, con lo que la madre conseguía ejerciendo la medicina entre las verduleras de la plaza y algunos vecinos infelices del barrio, con tal desgracia, que aunque pretendía hacer de corredora en asuntos de su antigua profesión, nadie quería ocuparla, y era despreciada hasta de las discípulas á quien hizo

BIBLIOTECA DE NUESTRO TIEMPO
ALFONSO REYES
1925

figurar, teniendo la pena de que su adorado Tranqui continuamente andaba barriendo los arbolitos, ó regando los paseos públicos, adonde debajo de un rebozo mugriento y roto le llevaba su bocadito sazonado en el callejón de Tabaqueros, sin olvidarse nunca de una tripa con su trago de chinguirito, diligenciando entre sus decantadas relaciones vestidos viejos, deshechos de calzado, y por último, una ración de la conferencia de la Purísima; pero en vano se afanaba, todos le huían cual si fuera una fantasma maldita, le negaban todo, todas las puertas se le cerraban, y los que al lance sorprendía en la calle se hacían indiferentes, se sonreían con ironía, le volteaban la espalda, ó la socorrián con una maldición llenos de rabia, y no con menos y mucho más blasfemias, ella se retiraba desahogando su berrinche contra todos los que desatendían sus impertinentes quejas, no quedándole más esperanza en caso de que Adela se agravara, que conducirla al hospital, meter á los chicos al Hospicio, y hacer lo que su consorte, mitigar sus pesares y pasar sus últimos días en infusión de chinguirito, para lo cual estaba tan adelantada que pronto competiría con su acreditado maestro, su idolatrado Tranqui.



Canta pajarito, canta. ¿Dónde está la niña?